

Rockefeller, vicepresidente

Siente usted un rico a su mesa

mente en contra, es decir, podrían ser beligerantes. En este caso, como en el de que cada uno de los dos grandes sistemas comunistas —el soviético y el chino— eligieran bandos distintos, la guerra tendría características mundiales. En segundo lugar, las guerras coloniales ya no rinden. Argelina y Vietnam —Indochina— han sido las últimas derrotas del imperialismo; la guerra colonial disfrazada de Israel no ha dado tampoco el resultado previsto. En tercer lugar —tercero, pero principalísimo—, las guerras coloniales no tienen sentido ya dentro de los propios países que serían sus protagonistas. También los casos de Argelia y Vietnam han mostrado en sus países protagonistas, Francia y Estados Unidos, la enorme resistencia interior. Se ha tratado esa resistencia interior como una «toma de conciencia» de los supuestos de libertad y de humanismo. Sin duda ha sido así, aunque su motor inicial haya sido otro; el de la noción exacta de que el peso de las guerras coloniales lo soportan unas clases sociales y sus beneficios se los llevan otras.

PARA poder iniciar una guerra colonial o de cualquier tipo en el mundo de hoy —un mundo enormemente civil, y esta es una característica muy importante que la diferencia de épocas inmediatamente anteriores, y aun de todos los siglos inventariados por la Historia— es preciso antes hacer una reconversión ideológica y política de las poblaciones. En cierto sentido se está haciendo ya al dirigir la irritación de las víctimas de ahora hacia los países productores. Es necesario llegar a más: sería preciso para obtener unas poblaciones guerreras. Esto obligaría a una contracción fascista o fascistoide en el mundo occidental. No está excluida. Forma parte de las dos respuestas posibles de los ocupantes de los poderes. Una es la implantación de regímenes duros, cuasi fascistas, apoyándose en las nuevas clases burguesas si éstas aceptan, y manteniendo la desigualdad en el reparto de pobreza y riqueza por medios de fuerza. El crecimiento en los sistemas de represión de las huelgas y movimientos de descontento indican que algo se adelanta por ese camino. Los que creen que estamos en 1929, mejor que en 1958, no olvidan que la gran depresión del 29 produjo, entre otras cosas, el hitlerismo, del que se desprendería la segunda guerra mundial. No es de creer que el mundo de hoy sea apto para un nazismo con sangre, pero no debemos olvidar que en toda la Historia de la Humanidad este tipo de calambres de crueldad se ha producido siempre; el último es tan reciente que no hay razón seria para creer que sea el último; sólo ese especial abuso psicológico que consiste en creer que las «conquistas del hombre» van a ser ya para siempre, y que se produce en todas las épocas, puede pronosticar que un hitlerismo o un stalinismo están ya fuera de curso legal.

LA tercera solución es la de la entrega del poder a las izquierdas moderadas (incluyo en ellas las alianzas socialistas-comunistas como la de Francia), que sean capaces quizá de administrar mejor la escasez, muy probablemente de contener los movimientos de protesta. Y desde el punto de vista capitalista, o de derecha clásica, sería mejor que se desgastasen estas izquierdas gobernando en plena crisis mundial. Algunos de los síntomas del año que se va parecen indicar esa resurrección de una cierta izquierda y de un sentido de democracia por encima de los regímenes duros a fasciztantes: Portugal, Grecia, la caída de Nixon, las elecciones presidenciales francesas, la caída del dogolismo, el triunfo laborista de Gran Bretaña... Pero es difícil considerar ahora si estos movimientos tan importantes forman parte de una gran onda mayor de la política mundial o son simplemente un adelanto de la radicalización de la lucha política y económica. Es decir, no se puede saber si a partir de este momento el paso puede cerrarse a las nuevas formas de la izquierda mundial por una reacción. Todas las izquierdas del mundo tienen muy presente el caso de Chile, cuya enorme resonancia continua en la información mundial no se debe solamente a su desgracia (hay otros países que viven la misma desgracia y son menos recordados, como Uruguay), sino a la calidad de modelo —o «pattern»— que se le ha dado.

EL año que comienza va a resolver algunas de estas claves. Parece ahora que las opciones son muy pocas, pero la que parece más clara es la de que el mundo que conocemos no va a volver a ser nunca el de antes de la crisis del petróleo, no porque haya de creerse que esa sola crisis es la causante de todo, que más bien es una consecuencia de la deterioración de la economía mundial a partir de la enorme inversión en dólares de la guerra de Vietnam y de la exportación por parte de Estados Unidos de sus crisis hacia los demás, sino porque la revolución del petróleo marca un hito cronológico. ■

Durante largo tiempo, el Congreso de los Estados Unidos —la Cámara y el Senado— ha examinado minuciosamente la figura, el pasado y el presente del multimillonario Nelson Rockefeller, nombrado vicepresidente de la nación por el presidente Ford. Finalmente, le han aceptado. Ha terminado así el vacío de poder que se inició con la dimisión de Agnew y se acentuó con la de Nixon. Por primera vez en su historia, los Estados Unidos han visto saltar de sus puestos a un presidente y a un vicepresidente acusados los dos de delincuencia. Por primera vez en la historia también, los Estados Unidos tienen un presidente y un vicepresidente que no han sido votados directamente por el pueblo, sino que salen de la designación directa.

El riquísimo Rockefeller va a ser ahora, según parece, un vicepresidente distinto de todos los demás que le han precedido en el cargo. Esta frase no es nueva: la suelen pronunciar todos los presidentes al elegir vicepresidente. Luego, el vicepresidente se queda con su cargo decorativo y en una pasable ignorancia de los asuntos de la nación, en la que suelen terminar sus carreras políticas, a menos de que, por azar, lleguen a la presidencia, como Truman o como Johnson. En el caso de Rockefeller parece que va a ser cierto: que el vicepresidente se va a ocupar de numerosos asuntos y de dar a la nación el lustre que el frío y atónito Ford no consigue darle. Entre otras cosas, Rockefeller aspira a ser presidente en las elecciones de 1976, si Ford cumple su promesa de no presentarse a ellas o si el partido republicano al que pertenece, decide hacerla cumplir. Para los republicanos, en lo más hondo de la sima electoral como consecuencia de los escándalos del Watergate, es necesario presentar una figura atractiva y dorada. Quizá la de Ford no lo sea. La de Rockefeller es, evidentemente, dorada.

El proyecto, ahora, es el de que Nelson Rockefeller ponga sus talentos de economista y administrador al servicio del Estado y sepa encontrar la cooperación de las grandes empresas, que confiarán sin duda en uno de los suyos más que en un simple político que puede dejarse llevar de lo que ellos llaman "demagogia". Se entiende que puede formar y presidir un equipo de gentes de talento, un "brain trust", que daría a Ford soluciones para algunos de los arduos problemas con los que se enfrenta en esta época de crisis. Sería para esta crisis lo que Keynes fue para la de 1929. Haría pareja con Kissinger, convertidos así los dos en un par de excelentes muletas para Ford: el uno en política interior y el otro en política exterior. Por lo tanto, se espera que a partir de ahora, de esta normalización de la institución presidencial —por primera vez desde el entredicho de Nixon la institución está completa y por encima de toda sospecha—, pueda haber una serie de decisiones y de cambios de personal.

En cuanto a Rockefeller, sus intenciones son bien claras: llegar a la presidencia. En una ocasión dijo que para un hombre de su fortuna lo único importante por conquistar es la presidencia de la nación (parece ser que ese mismo ha sido el móvil de Giscard d'Estaing en Francia, y se dice que ahora ejerce la presidencia con desgana, porque ya no tiene mucho aliciente para él: prefiere conservar su vida privada). Es un hombre energético y decidido; es también trabajador, con leyenda de incansable. Tiene fama de liberal (los únicos siete senadores que han votado contra él son ultraconservadores: uno de ellos, Goldwater). Su fortuna le pone por encima de toda corrupción, y lo que es más importante, por encima de toda sospecha de corrupción. Por otra parte, es sonriente y amable, sociable, capaz de la amistad. Puede ocurrir que el nombramiento sea algo más que la realización de un "hobby" de millonario y que llegue a convertirse en una figura histórica.



Rockefeller jura su cargo: sus intenciones, bien claras, son las de llegar a la presidencia.